

Un compromiso intelectual

Paulino Masip es uno de los muchos escritores españoles que por diversas causas, aunque todas hallan el común denominador de la guerra civil (1936-1939), continúa siendo un semidesconocido para la mayor parte del público. En el caso de Masip, el exilio, la falta de datos biográficos y la dispersión de su obra, obraron en consecuencia, y, quizá, como apunta Anna Caballé¹, el hecho de que a la par que *El diario de Hamlet García*² aparecieran obras sobre la contienda que, si no mejores si con más fortuna, acapararon hacia sí el interés de la crítica; añádanse además la censura y la represión de la postguerra. Otros autores, a pesar de no haber sufrido el exilio y de haber gozado de la fama nacional durante los quince años anteriores a la guerra, son igualmente desconocidos y sus obras, en bastantes casos, por lo actual de los temas y por la forma de expresión, gozarían del beneplácito de la crítica y del público. Ponemos por único ejemplo a Félix Urabayen³. La tarea y el reto de recuperarlos nos incumbe a todos.

En el silencio de Masip han incurrido sobremañera otras circunstancias que han restado interés al Masip narrador: el haber compaginado su tarea narrativa con otros géneros —poesía, periodismo y teatro— y su dedicación al cine en el exilio. Bien es verdad que en sus artículos de periódico dejó constancia de su compromiso con la izquierda española y la República⁴. Por ello, no nos extraña que *El diario...* se alce contra aquellos intelectuales que se inhibieron o se mostraron remisos ante la guerra civil. Y el hecho de que el tema bélico continúe interesando al crítico, al editor y al público, explica que sea *El diario...* su única obra conocida. Y ello explica, a su vez, la no abundancia de referencias al escritor: las que existen elogiosas para el escritor, pero tan distantes en el tiempo como incompletas que no han sido suficientes para sacarle de su anonimato. El libro de Anna Caballé ha venido a subsanar estas deficiencias y esperamos que logre la incorporación de Paulino Masip a las páginas de nuestra literatura.

El diario de Hamlet García es un libro singular por la condición del personaje principal, por el modo de tratar el tema de la guerra civil y por su forma y estructura. Es también un libro serio y de honda preocupación sobre aquel drama colectivo, lo que no impide que en él se citen reminiscencias de otros géneros y tenga cabida el humor

¹ Caballé, Anna: Sobre la vida y obra de Paulino Masip, Ediciones del mall. Barcelona, 1987.

² Masip, Paulino: El diario de Hamlet García, Barcelona, Ed. Anthropos, Col. Memoria Rota. Exilio y Heterodoxias, núm. 11, 1987.

³ Véase nuestro libro Félix Urabayen: la narrativa de un escritor navarro-toledano.

⁴ «En la Ciudad Condal el escritor trabaja de manera regular en el periódico La Vanguardia (Como editor técnico y editorialista) ejerciendo un periodismo netamente político y al servicio de la causa republicana», Sobre la vida y obra de Paulino Masip, Ob. cit., pág. 30.

no exento de ironía; guiones y paréntesis, algunos surgidos como chispas conminatorias de conciencia; monólogos interiores con la presencia inefable de la voz interior, notas costumbristas y otras ambientales que configuran el clima real y patético del tiempo narrado, etc. Y todo ello con una gran clarividencia expositiva: lenguaje directo y adjetivo conciso y específico.

Hamlet García, al que difícilmente podemos considerar protagonista —cuando cobra esta categoría es muy a pesar suyo— es un profesor de metafísica interesado sólo en sus elucubraciones intelectuales. Encerrado en su cuarto de estudio, se mantiene ajeno a cuanto ocurre a su alrededor. Por tanto, al sobrevenir la sublevación militar, no dando crédito a las noticias alarmantes que le llevan hasta su despacho, considerará que se trata de «habladurías de barrio» que nunca llegarán a perturbar su «torre de marfil». Mas pronto, esa guerra que no entiende, ni en sus causas ni en sus fines, se afianza y se introducirá en la existencia de este «inquilino perpetuo de las nubes» de forma casual, pero también de manera irrevocable: el padre de Eloísa, su alumna, será quien en diciembre del 35 le haga ver la conveniencia de afiliarse a un partido político. Este será el primer aldabonazo. Después, sin tener conciencia de ello, su libertad se reduce con las elecciones de febrero, una vez que el resultado suscita opiniones irreconciliables que se traducen en los asesinatos del teniente Castillo y de Calvo Sotelo.

Desde ahora, varias maniobras del destino se erigen en imperativos de conducta para Hamlet, ya que ha de tomar conciencia de la magnitud de la tragedia y ha de participar de lo contingente: ello cifrará su derrumbamiento intelectual, pues, a mayor participación de lo externo, menor será su estabilidad interior. Por tanto, la guerra se introduce en el libro de forma objetiva; más que por decisión artística (naturalmente que la intención del autor es la de escribir un libro sobre la guerra civil), por la magnitud de la misma. Y la vamos conociendo por las interpretaciones que de ella hacen los contendientes de ambos bandos: causas primeras, curso de los acontecimientos y alegría o desaliento ante su discurrir, incertidumbre ante el resultado, intervencionismo extranjero, drama hecho sinónimo de vida cotidiana y detalles que tienen el frescor de estar anotados en los mismos instantes en que sucedieron, etc. Hamlet García se configura como mero oidor de esos personajes que hasta él arrastra el destino. Conocemos, pues, la tragedia colectiva de «las dos Españas» a través del prisma de un intelectual ajeno al mundo de lo contingente, pero que la sufre en su propia existencia.

El primer imperativo procede del encuentro fortuito con un militar sublevado de su familia, quien pretende que le acompañe al Cuartel de la Montaña, pero en su torre vuelve a sentirse «un pequeño dios que planea su mirada indiferente sobre los acontecimientos humanos» (pág. 120); el segundo al ir a buscar a su criada una noche madrileña: una gran multitud que pide armas le arrolla, pero «como yo no juego, ni gano ni pierdo. Soy un espectador desinteresado a quien por el momento atrae el espectáculo. ¿A mí que me importan ni sus fines, ni sus consecuencias?» (pág. 125). Sin embargo, su conciencia le amonesta ante esta inhibición. Otras dos experiencias, desarrolladas en situaciones absurdas, le acaecen esa noche que van quebrando su coraza intelectual.

Los hechos que la calle —la guerra— le va mostrando, le inclinan hacia la causa republicana: «Me parece bien que en ellos (en estos días) las gentes que no tuvieron nunca automóvil lo tengan y que tomen el aperitivo en los cafés donde nunca entraron y

que coman en los restaurantes donde nunca comieron y que duerman en camas y alcobas cuyas delicias habían oído contar y les eran apenas creíbles» (pág. 189). Y participando de los acontecimientos aunque sea tenuemente, Hamlet dejará de ser aquel intelectual seguro en su castillo, lo que le llena de costernación.

Pero aún se resiste a sucumbir ante la evidencia y persiste en su encierro. Hamlet, sin embargo, no tiene solución y hasta allí se presenta de nuevo la discordia: debe alojar a unos militares sublevados y tendrá que servir de «lazarillo» a uno de ellos hasta que alcance el Ministerio, una vez que el militar se hace pasar por herido en el bando republicano. Y viéndose atrapado por los designios del destino, los hechos que del 17 de julio consideraba como «habladurías de barrio», ahora los concibe como un «disparate antinatural».

Estos son hechos que le ocurren por influencia del ambiente, pero por estas fechas Hamlet ha sufrido uno de los mayores escarnios del destino: el frutero de la esquina, con quien Ofelia, mujer de Hamlet, mantenía relaciones amorosas, le salva, si no la vida, cuando menos le evita molestias impertinentes, una vez que un grupo de milicianos se disponía a llevárselo por no tener documentación. Se ve obligado también a dar cobijo en su casa a Eloísa, su alumna predilecta, lo que considera un disparate: «Pero, ¿no serán, en el torbellino delirante que nos arrastra, los disparates lo único congruente?» (pág. 159). A su casa acude Daniel, también alumno de Hamlet, que combate en el frente republicano. Entre ambos alumnos surgen conatos de amor que la guerra se encargará de truncar. Daniel le invitará a observar el combate desde el Parque del Oeste y esto resultará la prueba más difícil y definitiva que habrá de pasar Hamlet. De regreso, su conciencia se subleva y le recrimina, más (o tanto como) que su pasividad, su indecisión ante lo tremendo de la hora presente. Mientras, la guerra se intensifica ya en el frente, ya en cada hogar, e irrumpe en su casa con fuerza, de mano de la criada que un día huyó para defender la causa republicana: «Por el ventanal de la Cloti la guerra ha entrado más en casa» (pág. 329).

Esta evolución del personaje se encuentra insinuada en el nombre del ¿protagonista?: Hamlet García. A Hamlet corresponde la parte intelectual del personaje que le permite mantenerse alejado de los dictámenes de la sociología y, muchos más, de los de la política. Se trata de un personaje literario—de ahí su nombre—, cuyos modelos inmediatos son el shakespeariano y Mairena, de Machado. Esta condición de personaje libresco no le pasa desapercibida, quien exclama: «En el mejor de los casos eres de comedia, Hamlet» (pág. 49). En el peor... En el peor es García con una patria en guerra, escindida en dos. Así, pues, a medida que se impone la guerra se sobrepone lo «garciano», la crudeza de la realidad. Y es esta relación con personajes literarios lo que permite la entrada en *El diario...* de lo paródico y vodevilésco y ribetes de sainete: anónimos que delatan relaciones amorosas extramatrimoniales de Ofelia; afán de venganza a la usanza calderoniana; deseos y temores al mismo tiempo por descubrir lo cierto de esos anónimos, etc.

Así, pues, en *El diario de Hamlet García*, asistimos al desmoronamiento de un personaje que se ve zarandeado por unos acontecimientos históricos irracionales. Este desmoronamiento se da en dos planos: físico o humano (lo concerniente al Sr. García) e intelectual (lo referido a Hamlet), pues, a medida que entra en su interior lo contin-

gente, el baluarte de su estabilidad se va derrumbando. Hamlet García es una víctima total de la guerra civil. Y junto a él aparecen otros personajes también de carne y hueso que cobran tanta relevancia como el mismo Hamlet; y como él también víctimas de aquellos deleznable hechos.

Todo ello se estructura en tres macrosecuencias que tratan de corresponderse con otras tres en el plano del contenido —de aquí el título de cada una de ellas—; pero realmente se trata de dos y, en última instancia, de una cuyo único y estremecedor protagonista es la guerra; lo demás son hechos y personas traídos y llevados por los acontecimientos, de manera que la segunda «La guerra» y la tercera «La alumna», cuya acción se inicia el 18 de julio y su ambiente meses antes, no son sino una prolongación de la primera parte. Y ésta, la primera, «Definiciones», a través de sus cinco secuencias, también tituladas, es una presentación de Hamlet con incursiones en su infancia hasta llegar al momento desde el que nos habla: 1 de enero de 1935. *El diario...* concluye unos días antes de que se inicie el asedio de Madrid en noviembre de 1936. Pero Hamlet García, el señor García, no ha muerto, sino que como una víctima más, «por ahí anda».

Juan José Fernández Delgado

Vázquez Rial: memoria y anonimato

Es la muerte, que pasa dando la vida.

José E. Rivera, *La Vorágine*.

También para Horacio Vázquez Rial (1947) escribir es un acto de amor y un acto de reencuentro con sus propias entrañas. A modo de catarsis, y desde la pasión que le define, ha logrado concluir su ciclo novelístico «argentino»: *Historia del Triste (HT)*, *La libertad de Italia (LI)* y *Territorios vigilados (TV)*¹. Sin embargo, más que ante una trilogía nos encontramos ante dos novelas —la segunda fracturada en dos volúmenes— que logran inmiscuir al lector en la historia violenta de una tierra sombría.

Es obvia la unidad estructural y temática de *LI* y *TV*: Miguel Arellano, miembro de una organización subversiva, huye en busca de la libertad con el dinero de un resca-

¹ *Historia del Triste*. Ed. Destino, Barcelona, 1987. Finalista Premio Nadal, 1986. *La libertad de Italia*, Ed. Destino, Barcelona, 1987. *Territorios vigilados*. Ed. Destino, Barcelona, 1988.